

Así, pues, *La obediencia nocturna* es un descargo, pero también una acusación, un libro de agonía y, asimismo, de renacimiento —no de resurrección, que sería repetirse, ser el mismo—. Como dijimos al principio, *La obediencia nocturna* es, simultáneamente, un saludo y

una despedida, el punto donde se unen el inicio y la muerte, la recordación del desastre y la posibilidad mágica de la reconstrucción, el principio de un nuevo final.

Juan Vicente Melo, *La obediencia nocturna*. Ediciones Era. México, 1969. 195 pp.

josé agustín: monólogo e infinito

Por Leonardo Otero

...únicamente falta que la tenaza negra y blanca se cierre... ¡Acción! La cámara de 35 mm. encierra en el celuloide la imagen de una pintura, un jarrito y una flor grises, siete alcatraces negros y una flor roja. Lentamente, sobre los rieles, la cámara va alejándose, la alfombra se desenrolla sobre los fierros y alambres que hay en el suelo. Los objetos, mientras tanto, van empalmándose frente a los lentes que van girando según la toma requerida. Se detienen frente a una caja de cartón, sobre la que está un libro donde se lee: *Abolición de la propiedad*, José Agustín. Los lentes giran sobre sí hasta desafocar completamente los objetos.

La segunda toma se inicia con el lente completamente abierto; la cámara, en panning, comienza a cerrar el lente. Logra una imagen completa del conjunto que interpreta: "Procol Harum, A Whiter shade of Pale." La cámara afoca la imagen de Norma y Everio, personajes que el escritor jalisciense dedica a su "papi". Sobre una de las paredes que sirven de escenario hay varios cartones: José Agustín ha escrito: noveleta: *La tumba*; obra en cuatro actos: *Inventando que sueño*; rock: *La nueva música clásica*; autobiografía: *José Agustín*; novela: *De perfil*; guiones, traducciones, notas bibliográficas, musicales y de teatro; *Abolición de la propiedad*.

Todo se puede presentar a través del lente de una cámara de televisión, de cine o en los monitores de un circuito cerrado. También por el ojo de la cerradura, desde un tragaluz o por el espacio abierto de una alcantarilla. Las imágenes se repiten mil y mil veces sobre dos espejos. José Agustín sólo escoje y combina. No entiendo por qué en la solapa se dice: "Sobreentendido que su forma fue la única posible para temática semejante."

Si tratamos de comparar *Abolición de la propiedad* con cualquiera de sus escritos, encontraremos que siempre maneja un monólogo entre dos personajes y aunque sean más no se nota el cambio. Se puede afirmar que toda su obra no es más que la búsqueda, consciente o inconsciente, de un monólogo en donde los personajes son incidentales. Si algo hay de trascendente en su obra, no es

la forma, ni las palabras de mal gusto (adecuada o inadecuadamente utilizadas), ni la combinación de técnicas, sino ese monólogo que está ahí, en silencio, latente, dormido en todos sus escritos y que nunca ha podido saltar al campo de la manifestación.

Abolición de la propiedad se desvive por ofrecernos la conciencia que está entre lo que ya hicimos y lo que vamos a hacer, entre el quiero y el deseo, entre la noticia y la norma, entre lo que informamos y lo que pensamos, pero no logra que esa conciencia fluya. Los personajes, en un forzado diálogo, apagan todo flujo de conciencia real. Constituyen dos motivos, pero los personajes no pueden ser dos; en toda la obra no llegan a ser dos. Se puede leer de corrido, sin prestar atención a los nombres: los giros son siempre los mismos, el rito es siempre igual, ninguno de los personajes, aunque ambos tienen nombres y sexos diferentes, es el Otro, pero tampoco son el Mismo. Con esto quiero decir que el monólogo no se ha logrado: es más visible que en el resto de la obra, pero sigue aún latente. Dormido.

Los protagonistas son dos estudiantes de Ciencias Políticas que se conocen en el sótano de la casa de una amiga común que no se presenta en el texto. Everio, estudiante de Diplomacia, únicamente sale para ir al baño, salidas que Norma,

estudiante de Sociología, aprovecha para oír la grabación de un diálogo entre los dos y que la deja atónita porque nunca ha dicho lo que oye en la grabadora. Sin embargo, cuando él regresa se repite lo que ella ha escuchado en la cinta, grabación que no presenta el panorama completo, sino sólo una parte, dejando incompleta la parte más candente de la discusión. Así, Norma ha escuchado en la bocina que él la iba a matar, pero no lo escucha completo. Cuando regresa Everio se lo cuenta y ella lleva la discusión al mismo punto al que llega la grabadora (esto es, hasta que él la toma por el cuello):

"Norma: ¡Everio, me estás matando, date cuenta por favor, te dije que ibas a matarme, no me querías creer!"

Quien da la tónica a través de las 111 pp. es el monólogo-diálogo de la grabadora, que por fuerza se repite. Se puede decir que la grabadora es la conciencia (inconsciente) de lo que puede pasar si se toma tal o cual actitud, actitud que invariablemente va a tomar quien conoce parte de ese diálogo. Este tipo de descripción se puede llevar al infinito y de hecho José Agustín lo lleva hasta allá al no terminar con un punto y aparte. Lo deja estático: en una fotografía.

Abolición de la propiedad es un universo cerrado que se esconde tras los lentes de una cámara haciendo panning dentro de un sótano en movimiento. Gira tan rápido que se detiene el tiempo. El lente gira sobre sí hasta desenfocar toda imagen posible. Sobre la pared del fondo cuelga la fotografía de Norma y Everio, enredados en una cinta de celuloide. Un haz luminoso, cada vez más brillante, los oculta de las miradas curiosas. Va afocándose poco a poco la proyección de una pintura: un jarrito y una flor grises, siete alcatraces negros y una flor roja... Se apaga el proyector. Sólo la luna pretende entrar por un tragaluz que se cierra poco a poco.

José Agustín, *Abolición de la propiedad*, Serie del volador, Joaquín Mortiz, México, 1969, 111 pp.

